

Cuando los funcionarios de la Facultad me pidieron algo así como una conferencia sobre Artigas para ser dicha en este acto, les respondí que no era la persona indicada por no tener ninguna versación particular en la materia, y me permití sugerirles que pidieran la colaboración de alguno de los jóvenes historiadores, que tanto hacen por llevar más luz a la vida y a la obra del peculiar gran hombre, fundador de nuestra nacionalidad.

Razones de tiempo impidieron que una persona con autoridad ocupara esta tribuna, para decirnos a todos algo que nos instruyera. Frente a esta imposibilidad, no podía negarme al pedido de estos compañeros, pero solo para hacer lo que cualquiera de Uds. haría: procurar ser como mejor pudiera el portavoz de los sentimientos que a todos nos embargan en día tan solemne.

Porque si hay un sentimiento que nos una a todos los orientales es la veneración a Artigas. Se que esta veneración aumenta al estudiar su figura, y que esta figura crece con el tiempo, pero este sentimiento es como anterior a toda justificación y a todo estudio.

La intuición popular percibe en Artigas valores profundos que nos ponen a todos serios de pronto, mientras una gravedad serena nos invade el alma.

¿Cual es el secreto de la fuerza de este paisano? ¿Cual el del triunfo de este gran derrotado, que cuanto más se medita más parece ser la roca firme en que fundar el último sentido de esta nuestra colectividad, tan frágil como frágiles son todas las colectividades de América?. Como solemos copiarlo todo, copiamos también la retórica patriótica de otras tierras, de otros grupos humanos de situación bien distinta de la nuestra. No podemos tener la misma noción de patria que un francés o un español. Cuando hablamos con un hijo de los viejos países de Europa, sentimos hasta que punto es eso, hijo de su tierra, como esa su tierra y su historia lo han formado intimamente. Nosotros que descendemos de gente venida de todas las tierras, estamos como desconcertados frente a un mundo que nos pide le demos forma, sentimos que más que hijos debemos ser padres, y ser padres de veras es difícil. Queremos ser fieles a esta tierra y a esta gente que son las nuestras, y a esa difícil fidelidad hay que darle fundamento, encontrar su estilo, y creo que Artigas es sobre todo esto, el creador de un estilo. Y por cierto de un estilo lleno de nobleza y gravedad. Esto lo siente el pueblo y es la raíz de una adhesión verdadera por encima de todas las retóricas de circunstancias. Para fundamentar esto que digo, habría que tener una cultura histórica que no tengo, es un sentimiento o una intuición que comparto con todos Uds. y que lo poco que he leído confirma.

No puedo pues, hacer con seriedad y fundamento lo que sería útil: estudiar cualquier faceta de la obra o personalidad de Artigas. En vez de esto comentaré brevemente un pequeño librito que me impresionó mucho: el relato que hace el presbítero Larrañaga de su viaje al Ayuí para entrevistar a Artigas. El haber hablado de este libro con uno de nuestros funcionarios, el Sr. Ferrer, creo que es la razón del pedido que motiva estas mis palabras. Cierta-

Cuando los funcionarios de la Facultad me pidieron algo así como una conferencia sobre Arzobispos para ser dicho en este acto, las respondí que no era la persona indicada por no tener ninguna experiencia particular en la materia y no permití sugerir que pidieran la colaboración de alguno de los jóvenes investigadores, que tanto hacen por llevar más luz a la vida y a la obra del pueblo gran hombre, fundador de nuestra nacionalidad.

Personas de tiempo limitado que una persona con autoridad ocupara esta tribuna, para decirnos a todos algo que nos inspirara. Frente a esta imposibilidad, no podía sugerir al pedido de estos compañeros, pero solo para hacer lo que consideraba de mi deber: sugerir ser como mejor pudiera el portavoz de los sentimientos que a todos nos embargan en día tan solemne.

Porque si hay un sentimiento que nos une a todos los orientales en la vicerrectoría de Arzobispos. Se que esta veneración aumenta al estudiar su figura, y que esta figura crece con el tiempo, pero este sentimiento es como anterior a toda justificación y a todo estudio.

La intuición popular percibe en Arzobispos valores profundos que nos poseen a todos antes de que los podamos explicar, mientras nos invade el alma.

¿Cuál es el secreto de la fuerza de esta palabra? ¿Cuál el del triunfo de este gran derrotado, que cuando más se habla más parece ser la voz firme en que fundar el destino sentido de esta nuestra colectividad, tan frágil como frías son todas las colectividades de América. Como solomon copiarlo todo, seguimos también la reacción posterior de otros escritores, en otros países, por nosotros de alusión bien distinta de la nuestra. No podemos tener la misma noción de patria que un francés o un español. Cuando hablamos con un hijo de los viejos países de Europa, sentimos como que punto en caso, hijo de su tierra, como era su tierra y su historia lo han formado totalmente. No-

notos que desconocemos la gente venida de todas las tierras, estamos como desconcertados frente a un mundo que nos pide la misma forma, sentimos que más que hijos debemos ser padres, y así padres de verdad es difícil. Queremos ser fieles a nosotros y a esta patria que nos nos muestra, y a una difícil fidelidad hay que darle fundamento, encontrar un estilo, y eso que Arzobispos no todo esto, el creador de un estilo. Y por cierto de un estilo lleno de nobleza y gravedad. Esto lo siente el pueblo y es la raíz de una adhesión verdadera por donde se forman las naciones de civilizaciones. Para fundamentar esto que digo, habría que tener una historia histórica que no tenga, en un sentimiento a una intuición que comparto con todos ustedes. Y que lo poco que he dicho continúa.

No puedo más, pues, hacer son cordes y fundamento lo que me lleva a este estudio científico hasta de la obra o personalidad de Arzobispos. En vez de esto como sale brevemente un pequeño libro que me impresionó mucho el relato que hace el presbítero Larralde de su viaje al Ayul para entrevistar a Arzobispos. El haber hablado de este libro con uno de nuestros funcionarios, el Sr. Ferrer, creo que es la razón del pedido que motive estas mis palabras. Cierro-

mente es un pequeño libro admirable, me sorprende que no sea más leído.

Antes conviene que hagamos juntos algunas reflexiones.

Hemos oído decir y hemos dicho muchas veces que Artigas es nuestro héroe máximo y creo que es verdad. Pero es común que no demos a la palabra héroe, su valor justo: que erremos al juzgar a los grandes hombres, a los hombres ejemplares. Solemos creerlos excepcionales, separados y distintos del común de los hombres. Pienso más bien que su ejemplaridad está precisamente en que en ellos se ven sus hermanos, los otros hombres, representados, en que al mirarlos con los ojos del alma, miden de veras la terrible dimensión de ese ser insondable que es cada uno de nosotros. El poeta es poeta porque ha recibido el don de poner en palabras lo que todos sentimos y vemos sin saberlo expresar, el que da forma a nuestro confuso balbuceo íntimo. Y el héroe, porque es como una gran campana en que toman fuerza y vuelo los sonos ocultos y callados de la comunidad entera. Es cierto que a la humanidad le lleva tiempo entender a sus poetas, a sus sabios y a sus héroes, pero es que a cada uno de nosotros le lleva toda una vida el empezar a entenderse a sí mismo. Ese culto del héroe como ser desmesurado, herencia que padecemos de un mal romanticismo, le quita a este héroe su más hondo sentido y por tanto su fuerza. Su fuerza y su poder de orientación.

Todos somos héroes, todos estamos llamados a serlo, y cuando no lo somos es por infidelidad a nuestro último destino. El que tiene una experiencia de la vida, sabe bien de cuanto heroísmo está tejida; sobre todo si tiene la suerte de tratar y trabajar con los humildes. Hay un admirable refrán irlandés que como otras paradojas ilumina con viveza la mente. Dice: "Todo hombre vale tanto como cualquier otro hombre y mucho más". Este aparente disparate encierra dos hondas verdades: la esencial igualdad de los hombres, y también su falta de medida, de límites, su incommensurabilidad. Igualdad y grandeza que nos llegan desde el fondo del tiempo, en aquellas antiguas y augustas palabras "E hizo Dios al hombre a Su imagen y semejanza". La confusión de la vida cotidiana puede hacernos olvidar estas grandes verdades, pero hay momentos en que todos entrevemos lo que es el hombre.-

Frente al que dijo que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, contesté una vez: Todo hombre es grande para quien lo amortaja. Por eso nos descubrimos todos cuando pasa un féretro, por eso sentimos frente a un niño un respeto tan grande, por eso tienen sentido el poeta, el sabio y el héroe.

Hay héroes en que se ve en primer plano la embriaguez de su propio destino excepcional, a los que el viento de la vida que los arrastra, parece hacerles olvidar por momentos el sentido de este destino. Por lo que he leído de Bolívar me parece que algo de esto le pasaba. Hay otros, y son los que de veras siento, que tienen una particular contención y mesura, se siente que no olvidan que las raíces que los nutren se hunden en la tierra generosa del pueblo. Artigas es uno de ellos, y no es poca suerte para nosotros para nuestro querido país, el tener en su principio un hombre de este estilo vital. Al frecuentar su figura se siente una particular autoridad, autoridad

que no humilla sino que afirma y exalta. Y eso se ve muy bien en el admirable libro de que antes hablaba, que nos enseña mucho por lo que dice explícitamente y aún más por sus entrelíneas. Larrañaga era un hombre muy distinto a Artigas, parece un europeo nacido casi por casualidad en estas tierras, se tiene la impresión de que no había acabado de poner de veras sus plantas sobre ellas, como en mayor o menor medida, y es gran pena, sucede a muchos de nosotros. Empezó su viaje como quien va al desierto, llevándose desde su colchón y su cama, hasta sus utensilios de cocina.

A través de las páginas del libro se ve desfilar nuestro campo, tan primario, tan poco hogar de los hijos de esta tierra como lo ~~que~~ sigue siendo aún hoy. Un primer ejemplo que el libro nos da, es la conciente solidaridad moral de Larrañaga con ese medio, que tenía que serle extranjero desde tantos puntos de vista; en todo momento se ve ^{que} su destino está comprometido y ligado al de su tierra. Continuamente se le ocurren reflexiones sobre lo que habría que hacer para mejorar la situación del campo y sus moradores, y lleva esta reflexión a lo concreto; al pasar una calzada, por ejemplo, hecha cuentas bien precisas acerca de lo que valdría construir una alcantarilla, lo que resultaría bien poco para los beneficios que reportaría. Al vadear el Río Negro, que estaba crecido, en balsas hechas con cueros de vacuno, perdió Larrañaga su cama su colchón y sus ollas, percance que consigna sin quejas ni protestas. Y es a partir de aquí que se vuelve más interesante el libro, desde el punto de vista que atañe a estas palabras. Se vuelve más descarnado, mientras se siente como que una gran sombra empieza a cubrirlo poco a poco. Casi no nombra a Artigas, pero su presencia desplaza al paisaje y se vuelve el protagonista casi inonimado de la narración. Cuando llega al campamento lo recibe Artigas, y todo lo entrevistado se confirma, si tenemos el más mínimo don para leer una historia y sentir en ella un carácter. Enterado Artigas del percance de la impedimenta del viajero, le ofrece su lecho, un catre de tijera de madera y guasca; el dormirá en el suelo. Larrañaga quiere rehusar y Artigas le dá con sencillez las razones de su ofrecimiento: razones de hospitalidad, de investidura del visitante. No se si agrego o quito algo, por que lei el libro hace tiempo y no lo tengo a mano, pero estoy seguro de ser fiel a la sustancia de la narración. Larrañaga acepta al fin, y se ve que tiene que aceptar, porque aquel hombre respira una autoridad segura y serena, que en ningún momento se siente lesiva o humillante; una autoridad a pesar de si misma, la única legítima para mí. Hecha de olvido de si mismo y de renunciamento. Es el conciente de sus limitaciones, errores y defectos, el que tiene verdadera autoridad frente a sus semejantes, sus iguales. No el que se siente superior sino al contrario, podría decirse que el más conciente de la propia inferioridad específica, no el orgulloso sino el humilde. No tampoco el humilde aturdido por las propias limitaciones, sino el humilde que las vé con serena madurez, procura

que no hubiera sido que él era y existía. Y eso se ve muy bien en el análisis
de los libros de los autores habidos, que nos enseñan mucho por lo que dice expli-
citamente y aún más por sus entrelinas. Larruga era un hombre muy distin-
to a Arístides, porque un europeo más o menos por casualidad en estas tierras,
se tiene la impresión de que no había acabado de poner de veras sus plantas
sobre ellas, como en mayor o menor medida, y es gran parte, suceso a muchos
de nosotros. Ingresado en viaje como quien va al desierto, llavándose des-
de su colchon y su cama, hasta sus utensilios de cocina.
A través de las páginas del libro se ve también nuestro campo, tan pri-
mo, tan poco hogar de los hijos de esta tierra como lo fue algún tiempo
ahorita. Un primer ejemplo que el libro me da es la constante solidaria-
dad de Larruga con sus amigos, que tenía que serlo extranjero desde tan-
to punto de vista; en todo momento se ve un destino está comprometido y
llegado al de su tierra. Continuamente se le ven en reflexiones sobre lo que
había que hacer para mejorar la situación del campo y sus moradores, y lle-
va esta relación a lo concreto: el pensar sus amigos, por ejemplo, hacia
cualquier plan que se le ocurra de lo que podría conseguir una plantación,
lo que debería hacer para los beneficios que reportaría. Al verlos
el Río Negro, que estaba arado, en algunas partes con surcos de verano,
perdió Larruga su cama su colchon y sus útiles, personas que con él
vivían en el desierto. Y de a partir de aquí que se vuelve más interesante el
libro, desde el punto de vista que antes se están pasando. Se vuelve más
desarrollado, mientras se cuenta como una gran novela empieza a escribirse
poco a poco. Así no importa a Arístides, pero su presencia domina el paisaje
y se vuelve el protagonista casi todo el tiempo de la narración. Cuando llega
el momento de escribir Arístides, y todo lo contrario no termina, al ten-
nos el otro lado nos para hacer una historia y contar en ella un capítulo.
Entonces Arístides del momento de la impresión del viajero, la ofrece en
lugar, un caso de él que de maduro y grueso; el detalle en el suelo. Larru-
ga quiere volver y Arístides lo da con detalles las cosas de su circun-
stancia: responde de hospitalidad, de hospitalidad del viajero. No se al-
terga o quita algo, por que así el libro hace tiempo y no lo tengo a mano,
pero estoy seguro de ser fiel a la narración de la narración. Larruga
seguir el libro y se ve que tiene que mejorar, porque aquel hombre tenía
una actividad segura y serena, que en ningún momento se estaba moviendo a ha-
millar; una actividad a poner de al mismo, la única posibilidad para mí.
Hemos de olvidar de al mismo y de reconocimiento. En el momento de una li-
taciones, errores y detalles, el que tiene verdadera actividad frente a
sus semejantes, sus iguales. No es que se siente superior ante el contrario,
por lo menos que al más consciente de la propia interioridad espiritual,
no es orgulloso ante el humilde. No tampoco el humilde por las pro-
prias limitaciones, ante el humilde que las ve con serena madurez, procura

emendarlas, pero envuelve su propia vida en serena tolerancia. Como en los versos de Chesterton cuando pide que pueda ver sus vicios "como heridas manantes del rigor de la vida, y socorrerse como a un extraño en la calle". Nada de esto se dice de modo explícito, pero todo se siente para mí muy claramente; y me parece ejemplar, sobre todo en momentos en que se suele tener de la autoridad y del caracter del orientador de pueblos una noción tan distinta. En estos dias abundan los doctos estudios sobre la personalidad y la obra de Artigas. Se pone de manifiesto la clarividencia con que veia los males de su tierra, la sabiduría y humanidad de sus planes de gobierno, y lo poco que he leído me permite afirmar que lo que se dice es cierto; que esta obra y este hombre seguirán siendo inspiradores para nosotros. Pero para hablar en serio de estas cosas, hay que hacerlo luego de un trabajo de investigación, o por lo menos de síntesis personal de las investigaciones de otros. Como no es este mi caso, he procurado a través de un sencillo episodio mostrar como siento a Artigas, el hombre. Y es a este hombre al que siento el pueblo, y al sentirlo toman profundidad y fuerza sus ideas y sus sabias previsiones, que de otro modo serían solo palabras que el viento de los años habría ya borrado hace tiempo. Detrás de esas palabras está un hombre humilde y fuerte, sereno y sencillo y esas palabras, sus hechos y su vida, han impresionado de modo indeleble la imaginación y el corazón de los hijos de esta tierra.

Si, para terminar, tuviera que sintetizar cuanto digo e hice, y, sobre todo, cuanto quise hacer, creo que diría:

"Bienaventurados los humildes por que ellos heredarán la tierra".

De Chiguitán dicho en la Facultad
año 1964